Perdonar de corazón

Meditación sobre Mt 18,21-35

Nos dice el evangelista Mateo que estaba Jesús enseñando diversas cosas que tenían la caridad como hilo conductor.

Entonces se le acercó Pedro y le preguntó: Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano si peca contra mí? ¿Hasta siete veces? Dícele Jesús: No digo yo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

En la Escritura el número siete hace referencia a algo acabado y perfecto; setenta veces siete dice plenitud, totalidad. La fórmula elegida por Jesús nos lleva al origen, al canto de Lamec, expresión de la violencia que se va adueñando del mundo a raíz del pecado. Después del asesinato de Abel, Caín teme: cualquiera que me encuentre me matará. Pero Yahvé le dijo: No será así. Si alguien matare a Caín, sería éste siete veces vengado. Puso, pues, Yahvé a Caín una señal, para que nadie que le encontrase, le matara. Pero, a pesar de la señal con la que Dios a marcado al hombre, la violencia crece en la tierra. Lamec, descendiente cercano de Caín, lo expresa con toda crudeza:

Dijo, pues, Lamec a sus mujeres:
Ada y Sela, oíd mi voz;
mujeres de Lamec, dad oídos a mis palabras:
Por una herida maté a un hombre,
y a un muchacho por un rasguño.
Si Caín será vengado siete veces,
Lamec lo será setenta veces siete.

La historia de la salvación es un largo camino desde la palabra de Lamec hasta la palabra de Jesús; desde el “véngate sin límite” hasta el “perdona sin límite”. Jesús ilustra su palabra con una parábola poderosa:

Por eso se asemeja el Reino de los cielos a un rey que quiso tomar cuentas a sus siervos. Al comenzar a tomarlas, se le presentó uno que le debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar,

mandó el señor que fuese vendido él, su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía y saldar la deuda. Entonces el siervo, cayendo de hinojos, dijo: Señor, ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo. Compadecido el señor del siervo aquel, le despidió, condonándole la deuda. En saliendo de allí, aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y, agarrándolo, lo ahogaba diciendo: Paga lo que debes. De hinojos le suplicaba a su compañero, diciendo: Ten paciencia conmigo y te pagaré. Pero él se negó, y le hizo encerrar en la prisión hasta que pagara la deuda. Viendo esto sus compañeros, les desagradó mucho, y fueron a contar a su señor todo lo que pasaba.Entonces hízole llamar el señor, y le dijo: Mal siervo, te condoné yo toda la deuda porque me lo suplicaste. ¿No era, pues, justo que tuvieses tú compasión de tu compañero, como la tuve yo de ti? E irritado, le entregó a los torturadores hasta que pagase toda la deuda.

La parábola deja clara la enorme diferencia entre lo que le es perdonado al siervo por el rey y lo que él no perdona a su compañero; y que perdonar, para el que ha sido perdonado, es cuestión de justicia. Deja también claro dónde conduce la dureza de corazón. Lo que ilumina plenamente la parábola es la palabra con la que Jesús concluye:

Así hará con vosotros mi Padre celestial si no perdonare cada uno a su hermano de todo corazón.

Sólo el Hijo conoce al Padre. Sólo Jesucristo nos puede decir cómo vamos a ser tratados por Dios. Dios Padre es rico en misericordia y está dispuesto a perdonarlo todo, pero Dios no puede perdonar al que no deja que la misericordia le transforme el corazón, al hombre duro de corazón, al que no se deja introducir en el ámbito del perdón. Porque en el ámbito del perdón no se pueden separar el ser perdonados y el perdonar; están unidos por la justicia. No es que nuestro perdón sea la causa de del perdón de Dios, pero sí es la manifestación de que nos hemos dejado introducir en el ámbito de su compasión. Perdonar es, para nosotros, la señal de que hemos sido perdonados. Esto deberíamos tenerlo muy en cuenta al vivir el sacramento de la confesión.

Para introducirnos en el ámbito del perdón Dios Padre nos ha

enviado a su Hijo y Jesucristo se ha dejado clavar en la Cruz. La Sangre derramada de Cristo perdona nuestros pecados y nos hace capaces de perdonar. Qué valor debe tener a los ojos de Dios el que podamos perdonar cada uno a su hermano de todo corazón.

Al mirar a Cristo en la Cruz debemos preguntarnos: “¿Por qué?” La respuesta es: “Para que yo perdone y, así, pueda ser perdonado”. No hay perdón sin transformación del corazón. La compasión de Dios perdona y hace compasivos ¿Qué es lo más importante que unos padres cristianos deben enseñar a sus hijos? En mi opinión la respuesta es clara: deben enseñarles a perdonar. Si aprenden a perdonar todo estará siempre en orden, porque vivirán abiertos a la misericordia de Dios y, entonces, nada es irreparable.

Volvemos a las últimas palabras del rey en la parábola: *¿No era, pues, justo que tuvieses tú compasión de tu compañero, como la tuve yo de ti?* Y nos preguntamos ¿Qué compasión a tenido Dios de mí? Esta esta pregunta solo nos la podemos responder contemplando a Cristo en la Cruz. La respuesta será siempre parcial. No basta toda una vida de oración para llegar a conocer la compasión que Dios tiene con nosotros. Necesitaremos toda la eternidad para profundizar en el misterio de la Misericordia de Dios. Pero la más superficial mirada a la Cruz de Cristo grabará en nuestro corazón que es de justicia perdonar siempre.